

Almas de pez.

Jacqueline Sellan Bodin

¿Es que nunca dejarán de soplar
estos áridos vientos?

Un reloj que bate sus horas al vacío,
un corazón pegado a las paredes,
y las hojas del pensamiento
barridas por la tormenta.

¿Nada abrirá los ojos ciegos?

¿Ninguna luz anidará
entre estas ruinosas escamas?

Almas de pez tienen los hombres,
almas de pez o de esponja,
o de pulpos,
o de mariscos muertos abiertos
en la playa.

Traen al nacer un juego completo.

La ira, el dolor, el amor...

ninguna falta.

De circunstancias, para el funeral.

De alegría, para los novios.

De beatería,

para nombrar a sus dioses.

De buenos. De seductores.

Tras esas máscaras de carnaval

esconden sus vísceras

llenas de podredumbre.

Sin esas máscaras no soportarían verse

en las vitrinas al pasar,

no podrían peinarse en las mañanas

y no saltarse la tapa de los sesos,

ni mucho menos mirarse a la cara

unos a otros.

Sin esas máscaras, ¿qué serían?
La horrible calavera de la Gorgona.

A ras de suelo,
sobre las copas altas tupidas de verde,
rodeando las construcciones
de piedras o adobe,
aprisionando las laderas,
pálida y temblorosa
una densa neblina nos precede.

Tenuemente,
deja entrever un muro
transparente de rocío,
una torre redondeada,
un tejado
vagamente teñido de rosa.

La carretera va apareciendo bajo las ruedas como
salida de la nada.

Y, de vez en cuando,
unos patéticos manchones

que se mueven torpes y abotargados,
cruzan ante nosotros:
las criaturas humanas
surgiendo en el blancuzco gris
al pie de las paredes de sus casas
o a la puerta de sus coloridas iglesias,
siempre insignificantes,
siempre inferiores
a cualquiera de sus obras.

A veces me despierto como un sol.

Un fuego oscuro se desangra
desde lo más hondo de mis venas,
quemando el mundo todo
en un estallido voraz.

A veces me despierto y soy la lluvia.

Un repiqueteo de cascos
galopa en mi pecho
y el soplo del agua baña las rodillas
del viento fugitivo que me escolta.

A veces no despierto y soy la noche.